

Historia de la literatura hispanoamericana

Tomo I

Época colonial

Manuel ALVAR
Rodolfo A. BORELLO
Eduardo CAMACHO GUIZADO
Emilio CARILLA
Jaime CONCHA
Mercedes DÍAZ ROIG
Jean FRANCO
Cedomil GOIĆ
Luis ÍÑIGO MADRIGAL
Bernard LAVALLE
Manuel LUCENA SALMORAL
Giovanni MEO-ZILIO
Walter MIGNOLO
Frank PIERCE
Pedro PIÑERO RAMÍREZ
Daniel R. REEDY
Alfredo A. ROGGIANO
Grínor ROJO
Georgina SABAT DE RIVERS
André SAINT-LU
Kathleen SHELLY

Luis ÍÑIGO MADRIGAL (Coordinador)

SEGUNDA EDICIÓN

CATEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra, S. A., 1992
Telémaco, 43. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 35.180-1992
I.S.B.N.: 84-376-0334-X

Printed in Spain

Impreso en Gráficas Rógar, S. A.
C/ León, 44. Fuenlabrada (Madrid)

La cultura hispanoamericana en la época colonial

JEAN FRANCO

LA ÉPOCA COLONIAL

La conquista del Caribe, América Central y América del Sur por los españoles a partir de 1492 repercutió no solamente en la vida cotidiana, la política y las relaciones internacionales de los países europeos, sino que también influyó profundamente en todas las ramas del conocimiento. En primer lugar, los cuatro viajes de Colón y, sobre todo, el cuarto, que lo condujo a la desembocadura del Orinoco, demostraron la inaplicabilidad de la antigua cosmografía. Ya con el viaje de Américo Vespucci en 1504 se comprobó que las tierras recién descubiertas no formaban parte de Asia. Este descubrimiento constituyó un grave problema en relación a las teorías vigentes, ya que hizo factible la existencia de una pluralidad de mundos y, a su vez, de una variedad de seres humanos no descendientes de Adán. De ahí la necesidad de, en palabras de Edmundo O'Gorman, «inventar a América»¹. Le tocó a un imperio como el español, jerárquico, legalista y con un alto sentido de su misión social y religiosa, tomar arduas decisiones trascendentales y totalizadoras, tales como la definición de la naturaleza de los habitantes del Nuevo Mundo, su conversión al cristianismo, la construcción e institucionalización de una red administrativa y el desarrollo de los instrumentos ideológicos pertinentes, a fin de incorporar el mundo recién descubierto al resto de la cristianidad.

Los españoles habían descubierto no tan sólo una geografía inédita, sino también sociedades que abarcaban todos los niveles de desarrollo, desde los pueblos nómadas de las llanuras y los cazadores de los bosques hasta las grandes civilizaciones de los Aztecas y los Mayas, en Mesoamérica, y los Incas, en la cordillera andina. Lo que es hoy día México, por ejemplo, abarcaba una variedad étnica considerable que incluía a más de seiscientos grupos indígenas, en muy distintas etapas de desarrollo. Se hablaban unas ochenta lenguas pertenecientes a quince diferentes familias. El dominio azteca sobre el México central se basaba en un sistema tributario. No obstante,



Coronación de un rey azteca, de la *Historia de las Indias*, de Diego Durán

en su movimiento de expansión no se esforzaron en imponer su idioma y religión sobre los territorios conquistados. En contraste, el estado tarasco (situado en el moderno estado de Michoacán), que era menos poderoso, extendía su influencia lingüística y cultural sobre los vencidos². Al norte de Guatemala, Tabasco, Honduras y en el norte de Yucatán se encontraron en 1520 los fragmentos del imperio maya, ya en desintegración después de unas guerras civiles. En la cordillera andina, el imperio inca, también tributario, extendía una red económica, administrativa y religiosa que se extendía desde lo que hoy conocemos como Colombia hasta Chile. Todas estas civilizaciones habían desarrollado las artes plásticas y la arquitectura, pese a que contaban con una tecnología primitiva. Asimismo, la escultura, el tejido, la orfebrería y la cerámica habían alcanzado un alto grado de perfección artística. Y aunque la escritura estaba relativamente poco desarrollada en los imperios aztecas y mayas, restringiéndose a los *quipus* en el caso del imperio inca, florecía la poesía transmitida oralmente y la narrativa mítica. Quizás el poeta más conocido del México precolombiano es el príncipe Netzahualcóyotl, (1402-72), que habitaba en la región del lago Texcoco y cuya poesía pertenece a una tradición lírica bastante sofisticada en cuanto a recursos técnicos de símbolos y metáforas se refiere. Su poesía alcanza gran patetismo sobre

¹ Edmundo O'Gorman, *La invención de América, el universalismo de la cultura de Occidente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958.

² Enrique Semó, *Historia del capitalismo en México. Los orígenes 1521-1763*, México, Era, 1973, pág. 22.

todo en algunos poemas que tratan lo efímero de la vida, como el que sigue:

Yo Netzahualcōyotl lo pregunto:
¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí.
Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea de oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.
No para siempre en la tierra:
sólo un poco aquí³.

Pese a la fuerte imposición de la administración española y la conversión de los pueblos indígenas al catolicismo, las antiguas creencias y leyendas se conservan a través de la tradición oral en las lenguas indígenas. La alfabetización, sobre todo en los primeros años después de la conquista, permitía la conservación de tradiciones como el caso de los manuscritos mayas de los libros del *Chilam Balam* y el *Popol Vuh*⁴. Dado que la alfabetización creaba una élite de letrados, el cultivo oral tendía a transmitir las tradiciones, populares y es lo que más contribuye a la cultura de la resistencia que a veces brota en motines y rebeliones abiertas, como en el caso de Nueva España en los siglos XVI y XVII; en la rebelión de Túpac Amaru en el siglo XVIII en el Perú; etc. Por otra parte, la tradición oral indígena ha tenido una fuerte influencia en la literatura culta, sobre todo en este siglo, especialmente en México y en el Perú (por ejemplo, en las novelas de José María Arguedas y en la poesía de Ernesto Cardenal, para citar sólo dos ejemplos).

Al iniciarse el tráfico de esclavos africanos en el siglo XVI se introduce un nuevo grupo de oprimidos que se veían obligados a mantener su identidad mediante la transmisión oral de leyendas, canciones y ritos alusivos al pasado. La aculturación de los negros fue aún más brutal que la de los indígenas, ya que aquéllos, a diferencia de éstos, constituían un proletariado desarraigado de sus orígenes en un mundo nuevo que les era totalmente ajeno. En las plantaciones del Caribe y Suramérica se mezclaron y aislaron en barracas, hombres y mujeres africanos de diversas tribus y lenguas. Pero también allí se originó una cultura de resistencia, que desde entonces se plasmó en

³ Gabriel Zaíd, *Omnibus de poesía mexicana*, México, Siglo XXI, 1971, pág. 74.

⁴ Adrián Recinos (ed.), *Popol Vuh*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953. Antonio Mediz Bolio (ed.), *Libro de Chilam Balam de Chumaye*, México, UNAM, 1941. Miguel López Portilla, *La literaturas precolombinas de México*, México, Pormaca.

los ritos de santería y brujería, en la música y en el baile, y que se ha conservado hasta nuestros días.

LA INTEGRACIÓN DE LOS INDÍGENAS Y LA EDUCACIÓN DE LOS CRIOLLOS

Los primeros frutos literarios de la conquista fueron las cartas, las crónicas, las relaciones y las historias que trataban sobre las hazañas del descubrimiento, la conquista y las primeras impresiones del nuevo mundo y sus habitantes. Entre estos documentos se encuentran los libros de bitácora de Colón, las cartas de Hernán Cortés, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo (1496-1584), la *Historia general natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), la *Historia oficial de la conquista de México* por Francisco López de Gomara (1510-72?), la de la conquista del Perú por Pedro Cieza de León (1520 ó 22-61) y las crónicas de los franciscanos que se refieren a la conquista espiritual del Nuevo Mundo —sobre todo, la *Historia de los indios de la Nueva España* de fray Toribio de Benavente, llamado Motolinía (?-1569). A esta literatura, que será discutida en detalle más adelante, se añadían las investigaciones de los frailes sobre todo la del dominico Diego Durán (1538-88) y la del franciscano, Bernardino de Sahagún (1500-90), autor de la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, para la cual utilizó los informes de los mismos indios a fin de averiguar sobre el nacimiento, el casamiento y la muerte, la vida doméstica y las costumbres de ellos, la organización económica de los pueblos indígenas, su gobierno y su manera de hacer la guerra, su religión y sus dioses. Más tarde se contaría con los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), y con la *Historia natural y moral de las Indias* del jesuita, padre José de Acosta (1539-1606). A este rico material se podrían sumar los artefactos y objetos de las civilizaciones indígenas que llegaban a Europa, muchos de los cuales paraban en las bibliotecas de los humanistas, y también los mismos indígenas, que eran traídos como muestra ante las cortes de Europa y a quienes hacían tomar parte en guerras simuladas.

Este material ofrece a los europeos las primeras visiones profundas de los pueblos europeos y su impacto se hizo sentir inmediatamente en la política civil y eclesiástica que se aplicaría sobre los pueblos indígenas. En 1550 una bul papal había reconocido la capacidad de los indios para comprender la fe católica.



Catecismo para los indios mexicanos (siglo XVI)

Sin embargo, existían graves discrepancias entre colonizadores y misioneros referentes a la definición de la naturaleza de los indios. Aun cuando se admitía su ascendencia adánica, algunos colonizadores opinaban que estos habían perdido las virtudes inherentes al vínculo adánico dadas las influencias negativas ejercidas por Satanás, y que, por lo tanto, eran vulnerables a toda clase de vicios e idolatrías. Otros, como el teólogo Francisco de Vitoria (1486-1546), adjudicaban el desarrollo de la sociabilidad y la economía indígenas a su intelecto natural. Y Sahagún alegaba que era cierto que los indígenas eran hermanos de los europeos, apoyándose en la común ascendencia en Adán: «Son nuestros hermanos que tenemos que amar como a nosotros mismos, *quid quid sit*»⁵. El diálogo sobre la naturaleza del indio culminó en la famosa polémica sostenida entre Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573) y fray Bartolomé de Las Casas (1474-1566), sobre el problema de si los indios eran aceptables como hombres en el sentido pleno de la palabra, o simplemente debía considerárseles como esclavos naturales⁶. La protesta del do-

minico fray Bartolomé de Las Casas contra el trato dado a los indios de Santo Domingo y Cuba, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), tuvo amplia resonancia en Europa y contribuyó parcialmente a crear la leyenda negra de la crueldad de la España colonial.

El universalismo cristiano vigente en el imperio de Carlos V abogaba por la integración de los indígenas a través de la conversión dirigida bajo la tutela de los franciscanos. En consecuencia, a fin de posibilitar y facilitar el trabajo de la conversión y educación de los indígenas, el clero aprendió los idiomas nativos. También se experimentó con la fundación de repúblicas para los indios, como la fundada por Las Casas en Alta Vera Paz (Guatemala). Impulsado por el espíritu humanista, Bernardo de Sahagún recopiló información sobre los indios mexicanos, enfocada específicamente hacia el conocimiento de la mentalidad del náhuatl parlante, con la esperanza de asegurar una conversión más eficiente y duradera. Como él mismo explicó, «para predicar contra estas cosas y aun para saber si las hay, menester es de saber cómo las usaban en tiempo de su idolatría, que por falta de no saber esto, en nuestra presencia hacen muchas cosas idolátricas, sin que lo entendamos».

Sahagún empleaba métodos sofisticados en

⁵ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. Ángel María Garibay, México, Porrúa, 1969, I, pág. 31.

⁶ Lewis Hanke, *Aristotle and the American Indians*, Londres, Carter and Hollis, 1959.

su trabajo de recopilación de datos, utilizando informantes indígenas, y haciendo, como señala Robert Ricard, «un verdadero trabajo colectivo»⁷. La redacción definitiva de su obra que abarcaba religión, astrología, filosofía moral y vida intelectual y social, flora y fauna, historia de la conquista y un diccionario de lengua náhuatl se completó en versión náhuatl en 1569. Sin embargo, esta etapa en que prevalecían los ideales humanistas estaba destinada al fracaso, dadas las necesidades económicas de mano de obra india o africana y la Contrarreforma. Con la subida al trono de Felipe II en 1555, domina la política de la hispanización de los indígenas al mismo tiempo que se manifiesta la influencia de la Contrarreforma en la supresión de cualquier expresión religiosa indígena y la intolerancia hacia la tarea misionera. En 1578, Felipe II mandó confiscar la obra de Sahagún⁸.

En lo que a los indios se refiere, la evangelización se dificultó grandemente. Hubo múltiples ejemplos de hostilidad abierta y de resistencia activa en toda América, cundiendo movimientos mesiánicos como lo fue Taqui Onquoy en el Perú⁹, o «satánicos» como los ocurridos en la Valle de Tlaltenango, México, donde fueron quemadas la cruz y la iglesia, y se practicaron ceremonias sacrílegas. A lo largo del siglo XVI, los obispos se quejaban de la facilidad con que los indios convertidos al cristianismo recaían en la idolatría. Durante todo el período colonial (y, en algunos casos y regiones, aún en el presente) se puede hablar de la supervivencia del paganismo en relación sincrética con el catolicismo.

Después de la primera etapa de las conversiones, dominada por los franciscanos, y en la cual también actuaron dominicos y agustinos, se continuó, a partir del Concilio tridentino, una política de integración de los indígenas. Después de 1572, se destacaron los jesuitas, quienes transformaron la educación de todas las clases sociales, encargándose sobre todo de la educación de los criollos. Los jesuitas estuvieron muy conscientes de la función jerárquica de la educación y, por consecuencia, de la necesidad de formar élites dirigentes. Por ejemplo, en México se fundaron colegios donde se educaban «en policía y virtud a los hijos de

los caciques y principales de la provincia»¹⁰. Muy pronto se institucionalizó la educación avanzada, fundándose colegios donde se ofrecían cursos de teología, artes y retórica. La influencia más notoria de los jesuitas en el Nuevo Mundo repercutió sobre todo en América del Sur, específicamente en la región que hoy abarca parte de Bolivia, Argentina y Paraguay. Allí establecieron misiones en donde se organizó la vida de los indígenas, conservando el guaraní como lengua cotidiana y logrando crear una especie de utopía regida por el trabajo y la religión. El paternalismo excesivo y la vida regimentada de los trabajadores misioneros, en comparación con el lujo en que vivían los padres, sería más tarde el blanco de ataque de la burla volteriana en *Candide*.

Dos instituciones importantes se introdujeron temprano: la imprenta y la enseñanza universitaria. La imprenta, que se estableció a partir de 1535 en México y a partir de 1583 en Lima, servía al principio para la publicación de textos didácticos que se utilizaban en la obra de conversión. La Universidad de Santo Tomás en Santo Domingo se fundó en 1538; las de Lima y de México se fundaron en 1551 y la última pronto se convirtió en un centro de erudición humanista.

ADMINISTRACIÓN Y ECONOMÍA

Desde 1533 el imperio español ya tenía organizadas y establecidas las instituciones básicas para la administración de las colonias; el poder se concentraba en el virrey, el representante personal del rey de España. Su cargo normalmente duraba siete años. Los dos grandes virreinos eran el de Nueva España, cuya capital fue la ciudad de México, y se extendía desde California hasta casi Panamá, incluyendo además las islas del Caribe; y el del Perú, que abarcaba toda Suramérica, con la excepción de las colonias portuguesas y holandesas. La administración se centralizó bajo la autoridad de un organismo supremo establecido en 1524, el Consejo de Indias, el cual rendía cuentas directamente al rey y se reunía en España. Los altos cargos de la jerarquía colonial siempre quedaban en manos de los oriundos de España, aunque pronto aparece en la colonia una población de criollos y de mestizos nacidos en América. Sin embargo, los criollos, es decir, los nacidos en América de ascendencia española, sólo podían parti-

⁷ Robert Ricard, *The Spiritual Conquest of Mexico; an essay on the apostolate and the evangelizing Methods of the Mendicant orders in New Spain*, Berkeley U. C. Press.

⁸ Ver el prefacio a la traducción inglesa de Fanny R. Bandeleir, *A History of Ancient Mexico*, Rio Grande Press, 1976, pág. 16.

⁹ John Hemmings, *The Conquest of the Incas*, Londres, MacMillan and Co., 1970, pág. 310.

¹⁰ Juan Sánchez Baquero, S.J. *Fundación de la Compañía de Jesús en Nueva España 1571-80*, México, Editorial Patria, 1945, pág. 164.

cipar en la administración como miembros de los cabildos o consejos municipales.

En lo que atañe al aspecto legal estrictamente jerárquico, la institución más importante después del virrey era la Audiencia, constituida por oidores que actuaban como tribunal supremo y como consejo. En caso de surgir dificultades entre el virrey y los oidores o la iglesia, éstas eran resueltas por los visitadores generales enviados por la corona. En el siglo XVIII, las reformas administrativas determinaron la división de los dos virreinos y la fundación del virreinato de Santa Fe de Bogotá (1739) y del virreinato de Buenos Aires en 1776. Un sistema de intendentes formaba una burocracia local.

En cuanto a la economía, hacia 1550 se inicia el período dominado por la minería. Por razones de necesidad interna, también se forman estancias. La introducción del ganado permitía la utilización de terrenos hasta entonces considerados como improductivos. A partir de 1620, en México, la economía platera se estanca y paulatinamente la agricultura se transforma en el centro de la vida económica.

Durante los primeros años de la colonización, la explotación de los nativos fue severa, lo cual produjo una evidente disminución de la población indígena. Aunque se ha tratado de justificar el descenso poblacional con las epidemias, también ocurrieron casos de suicidios en masa, de abortos, etc. Se calcula que entre 1518 y 1605 la población en el México central decreció en un 95 por 100 y hubo un descenso similar en el Perú.

La institución del sistema de encomiendas otorgadas solamente por la corona desde 1509 aseguró la conversión de los indios. En el siglo XVII, se cuestionó su eficiencia y sólo sobrevivió en forma modificada. Por ejemplo, en el México central la encomienda se convirtió en un sistema tributario, mientras que en Venezuela y el Paraguay, los encomenderos mantuvieron su control sobre los indios. Además, los hacendados que carecían de encomiendas tenían derecho al trabajo indio, mediante el sistema de repartimientos que se conocía como *cuatequil* en el Ecuador y como *mita* en el Perú y Bolivia. La *mita* era la fuente principal de labor para las minas. Las leyes de Burgos de 1512 sistematizaron el repartimiento de indios, exigiendo que el dueño construyera casas y les diera pequeños terrenos. Aunque la corona prohibía a esclavitud, se permitía una forma de servidumbre que se llamaba «yanacónaje» en el virreinato del Perú: Los yanacónas formaban parte de los bienes materiales de la hacienda, por lo que se traspasaban con ella en caso de venta.



Encomendero en un grabado del siglo XVI

En la América colonial, la producción en la gran mayoría de las regiones respondía a mercados internos y externos, pero era restringida por la corona, que prohibía el libre comercio a ciertas cosechas como el vino y la aceituna: aunque este control monopolista español no variaba fundamentalmente del control ejercido por otras potencias colonizadoras, es muy probable que se ejerciera de un modo más rígido. El desarrollo tecnológico de la agricultura se hallaba en dificultades dada esta política monopolista, la cual por mucho tiempo sólo permitió el comercio de determinadas mercancías y únicamente entre los puertos de Sevilla y Cádiz en la península, y Veracruz, Cartagena y Portobelo en el nuevo mundo. Esta política explica parcialmente el escaso desarrollo de las llanuras del cono sur, ya que no fue hasta fines del siglo XVIII cuando se permitió la llegada de la flota al puerto de Buenos Aires, al que antes sólo se podía llegar por tierra desde el Perú. Otro elemento importante de la economía colonial consistía en la exportación de ganancias que no producían amplios beneficios locales. No se reinvertía el capital, sino que se dilapidaba en el consumo de artículos de lujo o en el adorno de las iglesias, como se verá más adelante al discutir el desarrollo de las artes plásticas. Esta falta de inversión de capital fue preparando el terreno para crear una economía de dependencia.

Como ha señalado el investigador mexicano Enrique Semó¹¹, el estudio de las leyes del mercado no explica el conjunto de las actividades de la colonia porque éstas respondían a muchas influencias extraeconómicas: «Un título nobiliario vale más que un capital. Una absolción se adquiere convirtiendo un floreciente negocio en convento.» El *status* social dependía más de la riqueza y el boato que del capital productivo que se poseía. Definir la economía colonial como una estructura pre-capitalista (Semó) o capitalista dependiente (Gunder Frank)¹² ha dado lugar a diferencias de interpretación de la historia colonial, pero lo que queda fuera de duda es el papel importante de la corona que, a través de regalías, tributos, impuestos, monopolios y préstamos forzosos, lograba importantes ingresos provenientes de América. El ingreso llegó al máximo durante el reinado de Felipe II cuando alcanzó 45 millones de pesos. Hasta fines del siglo XVIII, la corona mantuvo casi intacto su monopolio del comercio (fuera del contrabando), llevando a Nueva España artículos de lujo, libros y ciertos comestibles e importando oro, tejidos y artículos como el cacao.

LA VISIÓN DE LOS CONQUISTADORES

El aporte cultural de la conquista consiste en las cartas, relaciones, crónicas e historias de los conquistadores y de los primeros frailes evangelistas ya mencionados. El libro de bitácora de Colón y las cartas de Cortés interesan por el papel de protagonista desempeñado por sus autores. Por su dominio del arte de narrar se destaca el relato de Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Soldado de las tropas de Cortés, su relato no solamente se esfuerza por dar «la verdadera historia», a diferencia de los relatos oficiales, sino que también está motivado por un fuerte sentido dramático. Las hazañas de los conquistadores sólo podrían equipararse con las de los héroes épicos. Los grandes momentos destacados por Díaz del Castillo se centran en episodios que se han convertido en motivos legendarios: la destrucción de los barcos de Cortés, el primer contacto con los emisarios de Moctezuma, la intervención de doña Marina, amante e intérprete de Cortés a quien los indios llamaban la Malinche, la primera visita de Tenochtitlán con sus lagos

¹¹ *Op.cit.*, pág. 131.

¹² Andrés Gunder Frank, *Le développement du sous-développement*, París, Maspéro, 1972; *Lumpenburguestia y lumpendesarrollo*, México, Era, 1971.

y templos, la huida de Cortés de la ciudad azteca en la «noche triste», la muerte de Moctezuma y la de su hijo Cuauhtémoc, etc. No es de sorprenderse que Díaz del Castillo sólo pudiera encontrar antecedentes a las cosas relatadas en la historia antigua o en las novelas de caballería:

nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cuevas (templos) y edificios que tenía dentro en el agua, y todos de calicanto, aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente; ver cosas nunca oídas, ni aun soñadas, como veíamos

Todos los cronistas de la época —Pedro Cieza de León que escribe sobre la conquista del Perú; Agustín de Zárate (?-1560), autor de la *Historia del descubrimiento y conquista de Perú* (1555); Gonzalo Jiménez de Quesada (? -1579), cronista del descubrimiento y conquista de Nueva Granada; Fray Gaspar de Carvajal (1504-84), el primero que describió el Amazonas— tenían que resolver el problema de la verosimilitud. Fuera de Díaz del Castillo, se destaca, quizás por lo raro de los acontecimientos, el relato de Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1490?-1559?), autor de la *Naufragios y comentarios*, obra en la que habla de su cautiverio entre los indios nómadas del norte de México durante varios años, viajando con ellos por las llanuras de México.

LA VISIÓN DE LOS VENCIDOS

La alfabetización y las recopilaciones de los frailes proveen una visión de la conquista desde la perspectiva de los vencidos, una visión trágica y amarga. La poesía, antes que ningún otro género, ofrecía un lenguaje simbólico que se adecuaba a este intento de visión no menos trágico por integrarse a un ciclo preordenado por el Dador de la vida, como puede observarse en el siguiente poema sobre la derrota de Tlatelolco:

En los caminos yacen dardos rotos:
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
Enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas,
y están las paredes manchadas de sesos.
Rojas están las aguas, cual si las hubieran teñido,
Y si las bebíamos, eran aguas de salitre.

Golpeábamos los muros de adobe en nuestra ansiedad
y nos quedaba por herencia una red de agujeros.
En los escudos estuvo nuestro resguardo,
pero los escudos no detienen la desolación.
Hemos comido panes de colorín,
Hemos masticado grama salitrosa,
Pedazos de adobe, lagartijas, ratones,
Y tierra hecha polvo y aun los gusanos.
Llorad, amigos míos,
Tened entendido que con estos hechos
Hemos perdido la nación mexicana.
¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!
Esto es lo que ha hecho el Dador de la vida en
[Tlatelolco]¹³.

Los libros de Chilam Balam, una serie de relatos proféticos descubiertos en Yucatán, también recuerdan dolorosamente la ruina de la civilización maya, y se han preservado varias tradiciones en las leyendas y en la poesía quechua sobre la conquista del imperio Inca. Uno de los ejemplos más destacados contiene la versión oral quechua de la muerte de Atahualpa, la cual difiere de la versión española en la que el último Inca muere agarrado. Tanto en la versión oral como en la crónica de Guamán Poma de Ayala, que se menciona más adelante, Atahualpa es decapitado. La figura decapitada de Atahualpa se encuentra en una elegía anónima de autor cuzqueño, *Apu Inqa Atahualpaman*. Al igual que en los libros proféticos mayas, se alude a la resurrección de las civilizaciones derrotadas; en la leyenda de Inkarrí, por ejemplo, se anuncia la resurrección del Inca y por consiguiente la de los pueblos andinos, una vez que *Inkarrí* encuentre su cabeza¹⁴.

Además de la tradición oral, existen dos fuentes escritas interesantes. En primer lugar, el informe del Inca Titu Cusi Yupanqui, encontrado en este siglo y dirigido al rey de España, se destaca por ser el único relato autobiográfico sobre la conquista del Perú y por ofrecer un resumen de la conquista desde el punto de vista de los conquistados. La otra fuente, de sumo interés también, es la *Nueva Corónica y buen gobierno* del mestizo Felipe Guamán Poma de Ayala, cuyo relato sobre el imperio Inca y la conquista de los pueblos andinos fue descubierto en 1908 en Copenhague. Una edición facsímil publicada en París en 1936 nos permite apreciar este importante y excéntrico libro ilustrado por dibujos de la vida peruana del siglo XVI.

Según su propio relato, Poma de Ayala

nace alrededor de 1535 de una vieja dinastía de señores de Andamarca (pueblo situado en el norte del Perú actual) y su juventud transcurre durante los años más traumáticos de la época colonial, en los que se consolida la nueva fe y el nuevo gobierno. Ocupa cargos en la administración de Andamarca, sirviendo de ayudante a varios visitadores y probablemente ayudando a Cristóbal de Albornoz, gran extirpador de «herejías», como la de Taqui Onquoy, un movimiento mesiánico que surge alrededor de 1565.

La *Nueva corónica* se divide en dos partes: la primera narra el pasado andino hasta la llegada de los españoles y la segunda relata cuál es la situación de los indios frente a la conquista. Poma de Ayala no da una visión de una edad de oro inca, sino que, después de describir las cuatro edades del mundo según las tradiciones andinas, introduce en sus descripciones referentes a la dominación inca una nota de crítica, dirigida sobre todo contra los gobernantes cuzqueños, la cual probablemente refleja el resentimiento local hacia éstos. No menos interesante es su relato de las dificultades vividas durante los primeros años de la colonia. «De cómo los indios andaban per-



Agricultura inca, de la *Nueva Corónica*

¹³ *Omnibus de poesía mexicana*, pág. 46.

¹⁴ Mercedes López Baralt, «Millenarism as liminality: an interpretation of the Andean myth of the myth of Inkarrí», *Point of Contact*, 6, Nueva York, Spring, 1979, págs. 65-82.

didos de sus dioses y huacas y de sus reyes y de sus señores grandes y de sus capitanes en este tiempo de la conquista ni había Dios de los cristianos ni rey de España ni había justicia así dieron a hurtar y robar los españoles...»

A pesar de su firme creencia en la fe católica, este autor peregrino reconoció la explotación despiadada ejercida sobre los pueblos indígenas. Da fe de los motines de los pobres, acusando a algunos corregidores de abuso del poder y de haber castigado cruelmente a sus nuevos súbditos.

No hay que olvidar que la conquista coincidió en gran parte con el florecimiento del humanismo en Europa, y que el ideal humanista se fundaba en la visión de la armonía global encabezada por un rey filósofo. El humanismo modeló el pensamiento de ciertos historiadores y cronistas. Entre ellos sobresale el «Inca» Garcilaso de la Vega (1539-1616), hijo de una noble Inca cuzqueña y de un conquistador español, quien desde 1560 se trasladó a España donde pasó el resto de su vida. Allí contribuyó en forma destacada a la vida intelectual española, traduciendo al español los *Dialoghi d'amore* del neoplatónico León Hebreo. En 1606 publicó la *Florida del Inca*, una relación de las aventuras de Hernando de Soto, el descubridor de la Florida, y una de las primeras descripciones conscientemente literarias del Nuevo Mundo. Sus *Comentarios reales que tratan del origen de los incas* aparecieron en 1609 (una segunda parte con el título de *Historia general del Perú*, se publicó en 1617) e influyeron en la literatura de tema indianista y en el mito del buen salvaje. *Los Incas* (1777) de Marmontel es quizás el libro más conocido que debe mucho a los motivos de la obra del Inca.

Los *Comentarios reales* ofrecen un testimonio de un mundo desaparecido, como explica su autor:

Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra, y como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré, diciendo que las vi. Sin la relación que mis parientes me dieron de las cosas dichas y sin lo que yo vi, he habido otras muchas relaciones de las conquistas y hechos de aquellos reyes; porque luego que propuse escribir esta historia, escribí a los condiscípulos de escuela y gramática, encargándoles que cada uno me ayudase con la relación que pudiese haber de las particulares conquistas que los Incas hicieron de las provincias de sus madres.

Esta exposición consciente de la metodología a seguir demuestra que el Inca tenía una

clara idea de su misión humanista, la cual consistía en el descubrimiento de las creencias y prácticas de las sociedades andinas en relación con los rasgos universales. Por esta razón también rechazó el latín a favor de la lengua española, pues esta última alcanzaba a los que no entendían «indio ni latín», y, sobre todo, a los que como el mismo Inca habían tenido que pasar tiempo en las guerras «entre armas y caballos, pólvora y arcabuces...». Dirigiéndose a un público que sabría reconocer los valores caballerescos de lo heroico, el Inca representa un nuevo tipo de hombre, el del mestizo en cuya sangre se mezclan lo europeo y lo americano.

La importancia de los *Comentarios reales* no reside en su autenticidad histórica: el Inca había abandonado su tierra natal muy joven y no tenía manera de verificar sus recuerdos. Lo que es mucho más importante es su alta valoración de la civilización Inca y la dignidad de sus reyes, quienes van cobrando una estatura clásica. Por ejemplo, al describir a Atahualpa en el momento de su muerte, comenta: «recibió aquella pena y tormento con el valor y la grandeza de ánimo que los Incas y todos los indios nobles suelen recibir cualquiera inhumanidad y crueldad que les hagan»*.

Al igual que la obra del Inca, la del padre jesuita José de Acosta (1539-1600) se basa en el conocimiento directo del Nuevo Mundo, y específicamente de virreinato del Perú, donde residió desde 1570 hasta 1587. Este conocimiento le permitió corregir la obra de los antiguos: Platón, Plinio, Ptolomeo y Aristóteles. El último, por ejemplo, había sostenido que la «zona tórrida» no era habitable, mientras que el padre Acosta sabía que era «cómoda, placentera y agradable», y, además, fue uno de los primeros en sugerir que los indios americanos tenían sus orígenes en las migraciones que fueron hechas a través del estrecho de Bering. La taxonomía que utiliza Acosta se basa en un cosmos geocéntrico cuyos minerales, vegetación y animales se ordenan según la distribución de los elementos del fuego, del agua, del aire, y de la tierra. Se distribuyen todos también según su posición en la gran cadena evolutiva que culmina en el hombre. Como los habitantes del Nuevo Mundo tenían gobiernos y sociedades, no se les podía clasificar de salvajes. Desgraciadamente, la codicia de los europeos ya había exterminado a muchos de ellos y también muchos aspectos de la

* Véase, en este mismo volumen, B. Lavalle, «El Inca Garcilaso de la Vega».

vida indígena que hubiera servido de mucho conocer. Además,

Que además de ser agravio y sinrazón que se les hace es un gran daño por tenernos aborrecidos como a hombres que en todo, así en lo bueno como en lo malo, les somos y hemos sido siempre contrarios.

LA VIDA CULTURAL EN EL SIGLO XVI

La vida cultural de las nuevas colonias se encontraba gobernada por y subordinada a las exigencias de la conquista. Entre los colonizadores predominaban militares, eclesiásticos y comerciantes, la mayoría de los cuales carecían de gustos sofisticados. La conversión de los indígenas y la necesidad de control ideológico restringía aún más las actividades culturales. Por ejemplo, se prohíbe la importación de novelas, las cuales eran consideradas de gran peligro para los nuevos cristianos incapaces de distinguir entre ficción y verdad. Aunque se importaban novelas y otros libros prohibidos de contrabando, las prohibiciones tenían que afectar profundamente la producción literaria*. En arquitectura, se impusieron reglas sobre la construcción y en las artes plásticas se prohibieron los temas profanos. Aún en 1680, se denunció en público a un dominico por poseer una pintura de Héctor y Aquiles¹⁵. En 1570, la iglesia en Quito prohibió la venta de imágenes profanas a los indios. En México, desde 1556, y más tarde en otras partes de la América española, se controlaban los gremios de los pintores y en Ciudad de México, Puebla, Bogotá y Lima se excluyó a los indígenas de los gremios hasta 1700. A partir del Concilio de Trento, se fortaleció la reglamentación de la vida cultural colonial. La Inquisición se mostró infatigable en su extirpación de la idolatría y se encarceló a varios pintores y grabadores de origen flamenco, italiano y francés bajo la acusación de ser luteranos.

En compensación, se gastaba mucha energía y talento en la organización de espectáculos y fiestas: la llegada de un virrey o una gran fiesta religiosa (en particular la fiesta de *Corpus Christi*) daban motivo a toda clase de actividades, ya fuera música, poesía, teatro o artes plásticas. Por ejemplo, la llegada de las

santas reliquias de la Compañía de Jesús a México, en 1578, fue celebrada con certámenes literarios, y procesiones de indios y criollos: «Salió una danza de niños indios a recibir la procesión, vestidos de seda y plumería galana, danzando a su modo, y cantando a canto de órgano (que todos eran cantores), una letra en su lengua y en nuestra poesía y medida española, que acompañadas las voces de flautas y otros instrumentos, pareció muy bien»¹⁶. Después de otra danza de niños colegiales «dieron libertad a varios géneros de aves, que habían estado cautivas dentro del arco, las cuales con el ruido que con su vuelo hicieron, saliendo por lo alto, entretuvieron a la gente». Hacia el final de las festividades, que duraron ocho días, se escenificó «la tragedia grande de la persecución y triunfo de la Iglesia, de los dos Emperadores, Diocleciano y Constantino, representada por los principales de los estudios, con el mayor aparato que se vio ni parece se podrá ver en esta ciudad, con aquel afecto y noción del auditorio que se pudo desear». Este espectáculo total, tan característico del medievo europeo, unificaba todas las artes, utilizándolas con un propósito tanto religioso como estético.

Las primeras obras de teatro escritas en el Nuevo Mundo formaban parte de las fiestas religiosas. En 1553, Fray Andrés de Olmo (?-d. 1571) escribió una *Alegoría del juicio final*, en idioma náhuatl, que se estrenó en el Colegio de Santiago de Tlatelolco. Los patios de las iglesias daban amplio espacio para las representaciones teatrales, y las fiestas de los santos proporcionaban los temas y las ocasiones. Las obras religiosas también predominaban en el teatro en español. Hernán González de Eslava, dramaturgo español (1534-1621?) que se trasladó a México en 1559, escribió entremeses y coloquios, muchos de tema pastoril, además de dramas religiosos. Su entremés *Entre dos rufianes* es una de las pocas obras de tema no religioso que ha llegado hasta nuestros días. También se conocen los diálogos satíricos de Cristóbal de Llerena (1540-1610) de Santo Domingo, escritos alrededor del año 1548. Llerena fue expulsado de la isla por una sátira que protestaba contra los abusos de los abogados.

Como González de Eslava, muchos otros escritores emigraron al Nuevo Mundo en el siglo XVI; entre ellos, el novelista Mateo Alemán (1547, d. 1613), el poeta petrarquista Gutierre de Cetina (a. 1520-57?), y el dramaturgo y poeta Juan de la Cueva (1543?-1610). Muchos escritores se dedicaban a la poesía

* Véase, sin embargo, en este mismo volumen, C. Goic, «La novela hispanoamericana colonial».

¹⁵ George Kubler, Martín Soria, *Art and Architecture in Spain and Portugal and their American Dominions 1500-1800*. Londres, Penguin Books, 1959, pág. 303.

¹⁶ Sánchez Baquero, *op. cit.*, pág. 119.

lirica, como lo evidencia la Epístola de Lope de Vega dirigida a la Amarilis peruana. La tendencia petrarquista predominó en la lírica de Francisco de Terrazas (1525?-1600?), mientras que Juan de Castellanos (1522-1607) de Nueva Granada fue autor de las *Elegías de varones ilustres de Indias* (1589). Uno de los poetas más versátiles del siglo fue Bernardo de Balbuena (1562?-1627), nacido probablemente en Valdepeñas, España, pero que fue llevado a México de niño. Estudió en el Colegio de todos los Santos de la ciudad de México y luego se ordenó de sacerdote. Su primera obra consiste en doce églogas, *Siglo de oro en las selvas de Erifile* (1608), cuyos modelos literarios son los églogas de Teócrito, Virgilio y Sannazaro, mientras que *El Bernardo o Victoria de Roncesvalles* (1624) es una imitación de Ariosto. Su obra más conocida, *Grandeza mexicana* (1604), es una visión de la «soberbia y populosa ciudad» que describe como «fénix de galas, museo de ciencias, jardín de Venus». Allí encuentra realizado el sueño de la armonía de la cultura y la naturaleza:

Bañado de un templado fresco viento,
donde nadie creyó que hubiese mundo
gozo florido y regalado asiento.
Casi debajo el trópico fecundo,
que reporta las flores de Amaltea,
y de perlas empeña el mar profundo...

labrado en grandes proporciones y cuenta
de torres, capiteles, ventanajes,
su máquina soberbia se presenta.

Balbuena fue nombrado obispo de Puerto Rico en 1619, y sufrió una amarga experiencia en 1625, cuando unos piratas holandeses incendiaron su biblioteca, destruyendo los manuscritos de la *Cosmografía universal*, *Atteza de Laura* y *Arte de poesía**.

La conquista del Nuevo Mundo ocasionó un tema magnífico para la poesía épica, mientras el ambiente religioso estimuló la epopeya religiosa. Como ejemplo de ésta se destaca *La Christiada* (1611) de Diego de Hojeda (1571-1615) de Lima, una epopeya mística con fines misionales basada en los Evangelios y en las obras de la patrística. Existen dos poemas épicos sobre la conquista de Chile: *El Arauco domado* (1596), de Pedro de Oña (1570-1643) que, según la confesión del autor, se escribió «por el sólo deseo de hacer algún servicio a la tierra donde nació, tanto como esto puede el amor a la patria». Más interesante, por el tono realista y las circuns-

* Véase, en este mismo volumen, A. Roggiano, «Bernardo de Balbuena».

tancias de su composición, resulta *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594), publicada en tres partes en 1569, 1574 y 1589. Dicha obra es la primera epopeya escrita en el Nuevo Mundo y quizás la única escrita durante el curso de una guerra. La conquista de lo que es ahora Chile tuvo que enfrentarse con una resistencia feroz de los indios araucanos. Como explica Ercilla, *La Araucana* «se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel y en pedazos de carta algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos». Sin embargo, el poema no aparenta ser una obra escrita apresuradamente. Con puesta en octavas reales, consta de treinta y siete cantos que abarcan la descripción de Chile, los preparativos para la guerra, las victorias de Lautaro y Caupolicán, la muerte de Pedro de Valdivia y la victoria de los españoles. Además, incluye muchas digresiones como la historia de la hermosa Glaura y la de Tegualda, narradas al propio Ercilla, quien en ese momento se convierte en personaje de su propio poema. Un aspecto interesante de *La Araucana* es la manera en que el autor trata de captar el punto de vista de los caciques indígenas, defendiéndose en su prólogo de un posible crítica al respecto: «Y si a algunos pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas valentías más extendidamente de lo que por bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran costancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles.» Despierta su admiración este pueblo que con «puro valor y porfiada determinación luchó por la libertad, derramando en sacrificio della tanto sangre así suya como de español que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén teñidos y poblados de huesos». No obstante, en el curso del poema justifica las guerras como mandadas por Dios. Sumamente interesante por la perspectiva del autor, *La Araucana* intenta superar la monotonía de su estilo mediante el realismo de sus descripciones bélicas. El logro del autor es solamente parcial, pues tiene notoria dificultad en manejar las transiciones de una escena a otra. Sin embargo, es una obra cuya visión caballerescas y humanista despertó aún en nuestros días la admiración de Neruda*.

Pese a los decretos contra el género novelesco

* Véase, en este mismo volumen, L. Íñigo, «Alonso de Ercilla y Zúñiga».



Casa del Almirante, Santo Domingo

lístico, se encuentra material fantástico y novelesco incorporado en los libros de historia y en algunas crónicas, como *El carnero* (1636), escrita por el neogranadino Juan Rodríguez Freile (1566-1640?), en la cual, por medio del diálogo y otras técnicas narrativas, relata los amores ilícitos, las brujerías y los asesinatos acaecidos en Nueva Granada*.

El arte y la arquitectura de la primera mitad del siglo XVI también reflejan las exigencias prácticas y espirituales surgidas a razón de la conquista. Algunos de los edificios construidos durante el primer periodo de la época, como la Casa del Almirante, en Santo Domingo (1510), ya demuestran cierta originalidad y una tendencia hacia la simplificación. La primera catedral construida en el Nuevo Mundo, la de Santo Domingo, empezada en 1521-23, adapta tanto los estilos del medioevo como del plateresco renacentista.

Herederos de una larga tradición de vida urbana, los españoles construían las ciudades del Nuevo Mundo en forma de damero, estructura cuyos antecedentes se remontan a la civilización romana y que consiste básicamente en calles rectilíneas divididas en cuadras rectangulares. Un dibujo hecho por un artista indio y fechado alrededor de 1580 demuestra en detalle el proyecto de ingeniería diseñado para la ciudad de Cholula, México, en el cual se ve el modelo de lo que seguiría siendo el plano para toda la América española: una plaza mayor rodeada de edificios públicos con una iglesia franciscana en el centro¹⁷. General-



Catedral, Santo Domingo

mente la iglesia se contruía primero con un patio amurallado para acomodar al gran número de nuevos conversos. Las posas u oratorias se encontraban en las cuatro esquinas. Algunas capillas abiertas semejaban teatros, con muros diagonales convergiendo sobre el proscenio. Cada orden religiosa aportó su estilo especial, como ocurrió en México, donde los franciscanos se guiaron según un esquema de la *Utopía* de Santo Tomás Moro. Las iglesias de los franciscanos, muchas de ellas construidas en poblaciones pobres, eran las más sencillas, mientras que los agustinos utilizaban fachadas decoradas al estilo plateresco y murales didácticos. Por su parte, los dominicos practicaban la construcción masiva. Todos los misioneros se valían de la mano de obra indígena. Otra característica de esta arquitectura temprana, sobre todo en las fronteras, es el estilo de fortaleza que se adoptó para proteger a los frailes de posibles ataques por los indígenas hostiles. Un ejemplo de este estilo se encuentra en la iglesia franciscana de Tepeaca (Puebla), construida entre 1543 y 1580, que tiene caminos internos y postes de centinela.

En el siglo XVI predominó la pintura religiosa, siendo los primeros notables, en su mayoría, de origen peninsular o flamenco. El primer pintor importante que trabajó en México fue el flamenco Simón Pereyng (1566-1603), un manierista tardío que pintaba las piezas de los altares conventuales. La transición al barroco se hizo con un pintor español, Alonso Vázquez (c. 1565-1608). Otro pintor español, Baltasar de Echave *el Viejo*, se estableció en México hacia fines del siglo XVI. Contó con muchos discípulos entre los que estuvo su hijo, Baltasar de Echave *el Joven*,

* Véase, en este mismo volumen, E. Camacho, «Juan Rodríguez Freile».

¹⁷ Kubler y Soria, *op. cit.*, pág. 69.



Potosí a principios del siglo XVIII

quien fue el primero en incorporar el paisaje en su obra. De Nueva Granada hay un ejemplo importante de pintura mural en témpera. Terminados alrededor del año 1590, en la casa de un noble de Tunja, estos frescos adornan el piso superior. Lo que más interesa de estas pinturas son los temas humanistas. En el cuarto principal hay una serie de paneles con Diana, Júpiter y Minerva copiados de un grabado de Amberes. En el plano inferior de una de las paredes hay un rinoceronte copiado de grabados europeos, un caballo, tres elefantes y un mono. Es interesante que estos temas simbólicos fueran escogidos por Juan de Castellanos, poeta andaluz y cura de Tunja. El elefante simboliza la fortaleza, la compasión y la sabiduría, y complementa la pintura de Minerva. Por otra parte, el rinoceronte se yuxtapone al símbolo de Cristo, pues significa tanto la fortaleza como Jesús. No han sobrevivido otros ejemplos de este tipo de pintura en América del Sur. La escuela de Quito de este primer período es esencialmente una continuación de las escuelas flamencas e italianas.

En el siglo XVII, las grandes ciudades como Guanajuato, Puebla, México, Potosí, Bogotá, Lima, La Habana y Cuzco, se convirtieron en centros de lujo y ostentación. A la cabeza de

la sociedad se hallaban los virreyes, verdaderos principes y patrocinadores indispensables de las obras artsticas y literarias. Algo del ambiente de su corte, por lo menos en el Perú, fue captado mucho más tarde en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma (1833-1919). Las magnificas iglesias, las casas sólidas, los vestidos lujosos que aparecen en los retratos dan una impresión de gran seguridad, impresión un tanto errónea. Peninsulares y criollos vivian siempre conscientes de la presencia de un pueblo vencido y rencoroso. En la ciudad de México, sobre todo, esta situación se agravó a causa de las inundaciones provocadas por el drenaje de las lagunas. Como una masa hambrienta es peligrosa, los españoles procuraban mantener bien alimentados a los indios, pero vivian atemorizados durante los años de mala cosecha, como ocurrió a fines de siglo cuando surgieron motines en México a causa de la escasez de trigo. Las inundaciones en México y, más tarde, el eclipse de 1692 y los terremotos que azotaron a muchas ciudades de América eran considerados como castigos de Dios a un pueblo impio.

Tanto en el virreinato del Perú como en México, las fiestas eclesiásticas y la llegada del virrey constituian los acontecimientos cultu-

rales de más importancia. Una crónica de Lima del siglo xvii, escrita por el soldado español Joseph de Mugaburu, nos da una idea del lujo con que se celebró la llegada del nuevo virrey, el conde de Castellar, en 1674¹⁸. Una de las calles se pavimentó de plata y las veinticuatro mulas que cargaban la pastelería llevaban canastas de plata y sogas de seda. Después de los *Te Deum*, se celebraban torneos para los caballeros y corridas de toros.

La crónica de Mugaburu también describe los autos de fe llevados a cabo por la Inquisición y las fiestas eclesiásticas que se celebraban en toda ocasión, como la dedicación de una nueva iglesia en Yanaoca. Esta fiesta duró tres días, incluyendo fuegos artificiales, toros, bailes y un saltimbanqui. Tres mil indios llegaron a estas celebraciones pero no participaron en las comidas. El teatro florecía en este ambiente, no sólo el teatro culto, sino también las representaciones hechas por los indios de la derrota del inca. Mugaburu describe una de estas representaciones celebrada para las navidades de 1659, en la cual el rey inca pelea con otros dos reyes, toma una fortaleza y luego los tres entregan las llaves al príncipe español. Por otra parte, el teatro de los grandes autores del siglo de oro mantenía su popularidad: se representaba el *Peribáñez*, de Lope de Vega por ejemplo. Los jesuitas preferían el teatro didáctico. Entre las representaciones que hicieron en el siglo xvii, Mugaburu menciona *El príncipe de Fez*, episodios de la vida de Santa Rosa de Lima, y una obra sobre la vida de San Francisco de Borja.

Al igual que la poesía lírica, la música seguía teniendo muchos aficionados en el siglo xvii. Irving Leonard, quien investigó los libros importados a Nueva España, notó la importancia de los manuales para vihuela, lo cual demuestra el grado de difusión de conocimientos musicales en la época¹⁹. Algunos compositores destacados, como Juan Gutiérrez de Padilla (m. 1664) que también era cantante en la catedral de Puebla, se dedicaban a la composición de música para la misa.

Para muchos eruditos, el interés del siglo xvii estriba en el desarrollo típicamente americano de lo barroco en las artes en general, a la vez que en el proceso de 'mestizaje' de la cultura, sobre todo de la cultura popular. La música, los bailes populares y la ornamentación de las iglesias ejemplifican tal proceso. En la

literatura, se nota especialmente en el teatro religioso quechua de Cuzco. *El hijo pródigo*, escrito probablemente por el mestizo cuzqueño Juan de Espinosa Medrano (1632-1688), es una versión de la leyenda bíblica transferida al ambiente andino y escrita en quechua. La obra *Ollantay*, cuyo autor y fecha de composición son desconocidos, tiene un tema de amor romántico sobrepuesto a la forma narrativa histórica quechua del *wanka*²⁰. Por otra parte el arte barroco y la literatura conceptista y culterana desarrollados durante este período se alejaban lo más posible de lo popular. No es de sorprender que el erudito don Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), amigo de sor Juana Inés de la Cruz, hablara con desprecio de la «vil plebe» y considerara a la chusma de españoles pobres como «bribones, pícaros... desleales»²¹.

El teatro sigue gozando de una gran popularidad, teniendo todas las grandes ciudades corrales de teatros y grupos de actores profesionales. Las grandes fiestas cívicas y religiosas casi siempre incluían en sus festejos certámenes de poesías en los cuales se apreciaban el ingenio y los juegos verbales.

A pesar de este ambiente poco propicio a la originalidad, en México sobresale sor Juana Inés de la Cruz (1648-95) cuya vida demuestra las posibilidades y los límites de la creación literaria durante la época colonial. Oriunda de un pequeño pueblo y de padres españoles, Juana Inés de Asbaje pronto demostró dotes extraordinarias tanto para la lectura y las ciencias como para la creación poética. Adolescente aún, se trasladó a la ciudad de México donde fue protegida por la virreina, doña Leonor Carreto, esposa del virrey, el marqués de Mancera. Desde 1664 hasta 1667, sor Juana aprovechó la biblioteca de la casa virreinal, en donde leyó a Cervantes y a Góngora, a Quevedo y a Lope. En 1667, trató de entrar en la orden de las Carmelitas, pero tuvo que salir a causa de su mala salud. Dos años más tarde, don Pedro Velázquez de la Cadena pagó su dote al entrar en el convento de San Jerónimo en la ciudad de México, donde las condiciones eran más cómodas y le permitían estudiar y escribir, gozando de cierta celebridad como niña prodigio. En 1689, intervino en una polémica teológica con el padre, Antonio de Veyra por la cual el obispo de Puebla, don Manuel Fernández, mandó una respuesta firmada

¹⁸ Robert Ryal Miller (ed.), *Chronicle of Colonial Lima. The Diary of Joseph and Francisco Mugaburu 1640-1697*, Norman, University of Oklahoma Press, 1975, págs. 214-16.

¹⁹ Irving Leonard, *Baroque Times in Old Mexico*, University of Michigan, Ann Arbor Paperback, 1966, pág. 83.

²⁰ Demetrio Tupaq Yupanqui (ed.), *Ollantay, el rigor de un padre y la generosidad de un rey*, 4.ª ed., Lima, 1976.

²¹ «Carta a don Carlos», citado por Richard Everett Boyer, *La gran inundación. Vida y sociedad en la ciudad de México (1629-1638)*, México, Sepsetenta, 1975, pág. 34.

«sor Filotea de la Cruz», elogiando los talentos de sor Juana como polemista y al mismo tiempo instándole a dejar sus intereses mundanos y dedicarse a la vida espiritual. La *Respuesta a sor Filotea* es uno de los documentos biográficos más valiosos que tenemos de la época colonial y a la vez un resumen trágico de las contradicciones irreconciliables de esta mujer intelectual. Sor Juana anhelaba vivir sola, pues no quería «tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros». Deseosa de dominar todas las ramas del conocimiento para llegar a la cumbre de la teología, sor Juana tuvo que estudiar sin maestros ni condiscipulos, guiada sólo por su gran afición y enfrentando siempre la crítica y la persecución. Sin embargo, a pesar de las persecuciones, gozó de un enorme prestigio como la «décima musa» y, aunque sentía la injusticia de no haber podido continuar sus estudios universitarios al igual que los hombres, parece haber aceptado las dificultades impuestas por la Iglesia a la búsqueda científica y el contacto con la intelectualidad europea. En 1695, año de grandes epidemias en México, el convento de sor Juana fue azotado por la peste. La monja contrajo la enfermedad mientras cuidaba a las enfermas y murió.

Sor Juana lució en todos los géneros, desde el argumento teológico de la *Carta atena-górica* a Antonio Vieyra hasta el teatro. Escribió también algunas loas y villancicos, aunque la mayor parte de su obra consistió de sonetos.

El poema más ambicioso de sor Juana es el *Sueño*, que escribió a imitación de Góngora. Poema sumamente erudito, es una meditación sobre la significación física y espiritual del sueño que lleva a la autora a los límites permisibles del pensamiento católico. En cierto sentido, es un poema anacrónico dados los grandes descubrimientos científicos ya realizados en Europa. En la época de Descartes, de Newton y de Galileo, sor Juana se encontraba sin los recursos y el ambiente propicio de que gozaban sus contemporáneos europeos. Entre la razón y la fe, tuvo que optar por la última.

Aunque sor Juana es sin duda el talento más destacado del período colonial, también hay otras mujeres que sobresalen, como la primera santa del Nuevo Mundo, Santa Rosa de Lima (1586-1617) y la madre Castillo (sor Francisca Josefa del Castillo y Guevara, 1671-1742) poeta y escritora religiosa de Nueva Granada*.

* Véase, en este mismo volumen, G. Sabat, «Sor Juana Inés de la Cruz».

El dedicarse a cuestiones científicas en el siglo xvii significaba navegar contra corriente, no sólo para las mujeres sino para los hombres, como demuestra el caso del amigo de sor Juana, Carlos Sigüenza y Góngora quien se educó en la Compañía de Jesús antes de abandonar la orden. Matemático importante, ocupó la cátedra de matemáticas de la Universidad de México a partir de 1676, desempeñando el cargo de Inspector Jefe de Artillería y Cosmógrafo del virreinato. Fue autor del poema en honor a la Virgen de Guadalupe, *La primavera india*, y de la relación *Los infortunios de Alonso Ramírez*, que cuenta la historia de un marinero caído en manos de ingleses quien, después de muchas aventuras, llega de regreso a Nueva España. Sigüenza también se dedicó a aprender la lengua indígena e inició los estudios de las sociedades precolombinas a pesar de la apatía existente en estas ramas. Los frutos de estas investigaciones se perdieron salvo algunas notas sobre los indios que escribió en prefacio a otras obras de encargo. Su obra histórica sobre la Nueva España después de la conquista sufrió igual suerte. Felizmente, se lograron salvar algunas de sus crónicas sobre la vida contemporánea colonial, aunque una de ellas, una carta en la que describe los motines de 1692, no se publicó hasta 1932. Su *Libra astronómica y filosófica* (1690) pone de manifiesto un espíritu curioso; en ella refuta la opinión del misionero jesuita Kino de que los cometas eran presagios del mal. Sigüenza y Góngora declara que «las autoridades no tienen sitio en las ciencias sino las pruebas y demostraciones solamente»²².

El ambiente de Lima en el siglo xvii era quizás más frívolo que el de México. Aquí el poeta más destacado fue el satírico Juan del Valle Caviedes (c. 1652-92) un español que llegó al Nuevo Mundo de joven. Durante su vida, sus poemas se consideraron tan indecentes que le fue imposible publicarlos, y circulaban tan sólo en manuscritos. La primera edición de sus poemas se hizo en 1873. Como en el caso de Quevedo, el blanco principal de los poemas del *Diente de Parnaso* eran los nuevos ricos, los médicos, los defformes, etc. Los poemas de Caviedes reflejan un período de rechazo de la poética antigua que ya no inspira admiración o respeto, como demuestra la parodia de Apolo y Dafne:

En un laurel convertida
vio Apolo a su Dafne amada:
¿quién pensara que en lo verde
murieran sus esperanzas?

²² Irving A. Leonard, *Baroque Times in Old Mexico*, págs. 204-210.

Abrazado con el tronco
y cubierto con las ramas,
pegó la boca a los nudos
y a la corteza la cara.
Con mil almas le decía
a la que sin ella estaba:
—No para mí, para ti,
Dafne, ha sido la mudanza;
pues tanto vale el ser tronco
como ser ninfa tirana...*

Los antecedentes se encuentran en el «Romance de Angélica y Medoro» de Góngora. Pone en evidencia la crisis que se avecina del lenguaje y de los motivos poéticos. Descendralizados, los mitos ceden al realismo y la naturaleza se convierte en instrumento:

Por lo menos grabaré
en tu tronco mis palabras
que en ti, ninfa, jamás pude
que quisieras escucharlas...

La manifestación más obvia del lujo de las clases dominantes es la arquitectura y el arte eclesiástico. La segunda mitad del siglo XVI y el siglo XVII marcan la época de la construcción de las grandes catedrales por todo el territorio americano. En la zona norte de la Nueva España se desarrolla el estilo de la fachada en retablo con arcos poligonos. La catedral de Zacatecas (terminada en 1752), con la fachada totalmente cubierta de ornamentación en forma de follaje, es característica de esta zona. Desde Puebla hacia el sur, se encuentran iglesias policromas con arcos de múltiples curvas. En Nueva Granada, Lima y Cuzco se nota la influencia del estilo italiano (como en la casa franciscana de Quito) y la del español. Después del terremoto de Cuzco en 1650 se origina un estilo estimulado y financiado por los obispos, que consiste en la conversión del frontón de la fachada en una forma dinámica, como se encuentra en la catedral y también en la iglesia de la Compañía de Jesús. De Cuzco, pasan estas innovaciones a Lima, donde además se utiliza el *quincha*, una estructura de madera con muros de bajareque.

La escultura y la pintura del siglo XVII tienen temas predominantemente religiosos, ya que se prohibían los mitológicos y la escultura necrológica. La escultura se emplea en forma de relieve y en las imágenes de santos en las fachadas de las iglesias, en los altares y en los asientos de coro. La primera escultura del Nuevo Mundo que incorpora la

* Véase, en este mismo volumen, D. R. Reedy, «Juan del Valle Caviedes».

flora y fauna americana se encuentra en la iglesia de San Francisco, Bogotá. Consiste en una serie de relieves dinámicos, con escenas báquicas de frutas y follaje regionales, como cocoteros, higueras, uvas, monos, osos hormigueros y loros. La policromía da un tono tropical al conjunto.

A pesar de la importante obra desempeñada por los escultores mestizos e indios en ciudades como Quito, hay poca influencia nativa, aunque se desarrollan elementos originales, como los púlpitos en forma de concha estriada, que demuestra el lujo del periodo y también la importancia de la predicación en la vida colonial. En la zona andina también predominan las imágenes de Cristo que muchas veces tienen rasgos medievales, como la figura del Cristo de los terremotos de Cuzco. Un aspecto interesante de algunas imágenes es la influencia oriental en los rostros de los santos, como se ve en la imagen de *San Juan Evangelista* en San Francisco de Cuzco.

Los primeros pintores nacidos en México fueron Alonso López de Herrera (1579-c. 1648) y Baltasar de Echave Ibía, quienes a veces pintaban en pequeñas láminas de cobre. Desde 1630 en adelante, se nota una posible influencia de Zurbarán y Rubens en mucha de la pintura del Nuevo Mundo. José Juárez (c. 1615) hijo del pintor Luis Juárez (c. 1585-c. 1645) representa el alto barroco, mientras que el hijo de Echave Ibía, Baltasar de Echave Rioja (1632-82), quien estudió con José Juárez, representa el barroco tardío. Dos de los mejores pintores del barroco tardío en Nueva España fueron Cristóbal de Villalpando (1652-1714), quien decoró la catedral de México (*La Iglesia Militante* y *El Triunfo de la Iglesia*) y el jesuita, padre Manuel, quien fue el pintor de los apóstoles en la iglesia parroquial de Tacuba. Antonio de Santander (1657-1701) despierta gran interés por su técnica de cubrir los paneles con yeso y nácar, que posiblemente tiene su origen en la sociedad precolumbina. En Nueva Granada, se destaca el pintor Gregorio Vázquez Ceballos, (1638-1711) quien, con Miguel de Santiago del Ecuador y Melchior Pérez Holguín de Bolivia (a. 1660-?) forman un trío de pintores importantes del barroco tardío de Suramérica.

De todas las colonias, Cuzco es la que logró la cultura mestiza más importante en los siglos XVI y XVII, desarrollando un estilo popular anónimo. Una serie de pinturas de la procesión de la celebración de Corpus Christi en Santa Ana (c. 1660) ilustra la vida cuzqueña de la época. Cada parroquia va encabezada por un jefe indio en traje inca seguido por un carro de la gloria con una imagen del santo parro-



Desposorios místicos de Santa Catalina, escuela colombiana del siglo XVIII, obra de Vázquez Ceballos

quial. A continuación va un cura con la cruz, los acólitos y finalmente la congregación. El pueblo, formado por los indios, mestizos y negros, mira la procesión, mientras que al fondo los nobles esperan en los balcones de sus casas, que han sido decoradas con tapices de colores

SIGLO XVIII

La estabilidad de la América española duró hasta el siglo XVIII, cuando la afectaron las presiones internas, como el descontento de los criollos y las presiones externas, sobre todo las del sistema económico. Los cambios económicos, en especial la transición hacia una política de libre intercambio por parte de Inglaterra, tuvieron graves consecuencias. En las colonias, la minería comenzó a agotarse y la agricultura, especialmente las cosechas tropicales como el azúcar, cobró más importancia. Las regiones ganaderas como el norte de México, la región del Plata y Venezuela, empezaron a prosperar y, en ciertos lugares, también surgieron pequeñas industrias locales, como el tejido de seda, a pesar de las restricciones y la política proteccionista de la corona. Los levantamientos y los disturbios se hicieron más frecuentes entre los criollos. En el curso del siglo XVIII, se produjeron insurrecciones en el Paraguay, en Venezuela, en el norte de Argentina y en el Perú, donde en 1780 y 1781 Túpac Amaru sublevó a los indios andinos, mató a terratenientes y oficiales españoles y trató de fundar una nueva sociedad. El castigo y la muerte de Túpac Amaru puso fin a la rebelión de los indios, pero las crecientes demandas de los criollos eran más difíciles de eludir. Los jóvenes de familias acomodadas viajaban al extranjero donde tomaban conocimiento directo del pensamiento del Siglo de las Luces.

Hacia fines del siglo, se empezaron a fundar sociedades de amigos del país en Quito (1792) y en La Habana (1793). Desde 1778, la apertura de más puertos no alcanzaba a satisfacer las demandas de los comerciantes criollos quienes deseaban vender y comprar libremente.

El comercio facilitaba la importación de libros prohibidos, como los de Rousseau, que eran leídos por diversos miembros de la clase media, como músicos, orfebres y cocineros. Los periódicos, que empezaban a aparecer con regularidad en el siglo XVIII, daban noticias de personas conocidas, de las llegadas y salidas de los barcos y de los nombramientos de los eclesiásticos y oficiales gubernamentales. Eran considerados demasiado triviales para censurarlos y así proporcionaron a los colonos un sentido de identidad común que abonó el terreno para la independencia.

Se empezó a sentir la crítica hacia todas las instituciones sagradas, sobre todo a la Iglesia y a la monarquía. En 1767, los jesuitas, cuyos colegios educaban a la élite colonial, fueron expulsados de todos los territorios pertenecientes a España. Con los padres expulsados y sus misiones abandonadas, se empezaron a desarrollar argumentos en contra de la monarquía absoluta. Por otra parte, las ideas de Montesquieu, que sostenía que los países no debían fundar sus instituciones en patrones universales sino según las condiciones locales, proporcionaban un instrumento teórico importante a los primeros independentistas. Irónicamente, entre los precursores de la independencia se contaban muchos eruditos jesuitas, quienes escribieron sus obras después de su expulsión del Nuevo Mundo. La obra magna de Francisco Xavier Clavijero (1732-87), *Storia antica de Messico* (1780-81) se publicó en Cecena, Italia. En ella, Clavijero señala los errores de muchos eruditos europeos en sus versiones de la geografía y la etnografía de América. Demuestra el alto nivel de cultura de las sociedades precolombinas, critica algunos aspectos de la conversión de los indígenas y sostiene que el náhuatl es un idioma sofisticado. Andrés Cavo (1739-1802), autor de *Tres siglos de México*, defiende la cultura indo-americana. Otro producto del exilio fue un poema en latín, el *Rusticatio Mexicana* (1781-82) de Rafael Landívar (1731-93). Dividido en quince partes, describe la vida cotidiana rural de México, incluyendo el trabajo de los vaqueros, los mercados y las fiestas indígenas.

En toda Europa, el siglo XVIII se caracterizó por grandes proyectos cívicos que cambiaron el aspecto de las ciudades. Este espíritu invade también el Nuevo Mundo, especialmente Mé-

xico, donde se construyó el colegio jesuita de San Ildefonso, en 1740. En este edificio se emplea el estípite, rasgo original de la arquitectura de Nueva España, que forma una pilastra piramidal truncada con la base hacia abajo. Este estilo predomina en las fachadas de los edificios importantes y en los altares de las iglesias hasta la transición al neoclasicismo a fines de siglo. Otros aspectos de la arquitectura del siglo XVIII se encuentran en Arequipa, donde se desarrolla un estilo macizo que utiliza la piedra volcánica de la región, y en Lima, donde la transferencia de los motivos de la arquitectura religiosa a la secular se evidencia en el palacio de Torre Tagle. Después del terremoto de Lima en 1746, predomina el estilo rococó.

En la escultura siguen predominando los temas religiosos en los cuales destacan los escultores andinos Pedro Labolia (c. 1710-d. 1749) de Bogotá, cuya estatua de *Santa Águeda* (1740), de tamaño natural, tiene una expresión realista y logra gran dinamismo; Bernardo de Lagarda (activo 1731-73), de Quito, notable por sus representaciones de la Virgen; y Manuel Chile Caspicara (activo en la última mitad del siglo), cuya *Asunción de la Virgen* se encuentra en la iglesia de San Francisco de Quito. Aunque los dos últimos son de ascendencia india, siguen modelos pañoles o italianos en su arte.

La pintura del siglo XVIII refleja el alto nivel de la vida de la clase superior, y fue inspirada en la escuela flamenca temprana de Holbein y Velázquez, sobre todo en la indumentaria. El retrato casi siempre sigue las mismas convenciones: el sujeto de pie en una habitación, como en muchas telas de Velázquez, y ligeramente vuelto hacia un lado. No hay retratos de grupos y escasean los retratos ecuestres. Los retratistas más destacados de Nueva España fueron Francisco Martínez (activo 1718-60), José de Ibarra (Guadalajara, 1688-México, 1756) y Miguel Cabrera (1695-1768), conocido por su retrato de sor Juana Inés de la Cruz, e Ignacio María Barreda (activo 1786-94).

Como las demás artes, la pintura no está ajena a las grandes inquietudes del siglo. Los centenares de dibujos de plantas hechos por los pintores de Nueva Granada y de Quito para la expedición botánica de José Celestino Mutis (1732-1808) inauguran una nueva época en la cual la observación de la naturaleza y no los temas convencionales se impone paulatinamente.

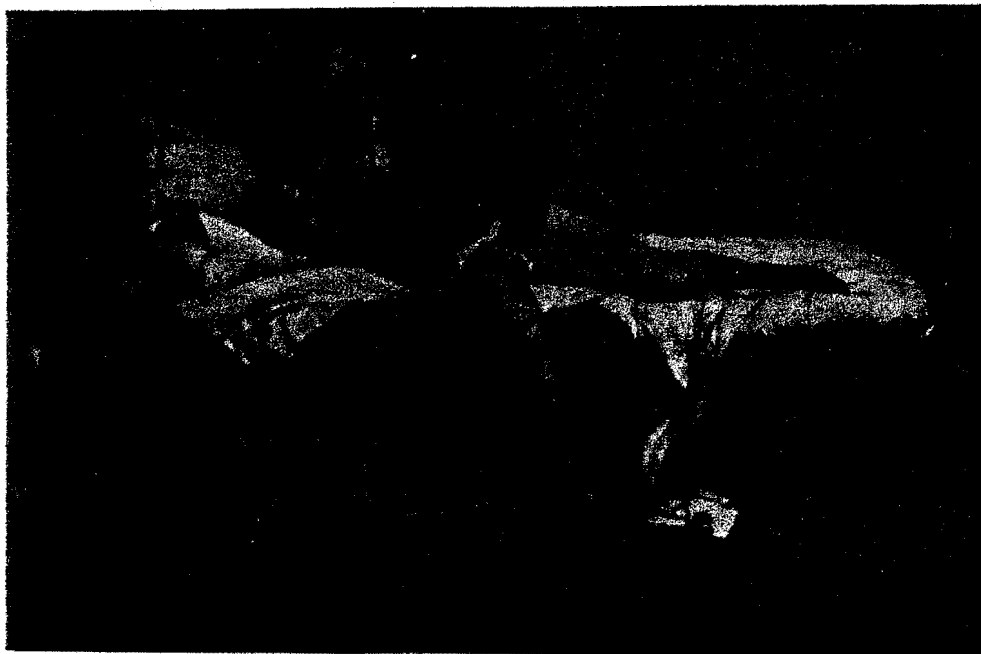
También se nota la secularización del patrocinio de la música. Se daban conciertos musicales en reuniones en donde también se leían trabajos sobre la economía y la educación.

En esta época, los músicos venezolanos José Ángel Lamas, Cayetano Carreño, Juan Francisco Velázquez y Caro de Boesi representan un verdadero florecimiento de talento.

A primera vista, la producción literaria del siglo XVIII no parece reflejar las ideas de la Ilustración. Siguen apareciendo obras anacrónicas, como el poema épico *Lima fundada* (1732) y la *Pasión y triunfo de Cristo* (1738), del peruano Pedro de Peralta Barnuevo (1663-1743). Sin embargo, se siente la necesidad de nuevas formas de expresión más críticas. Quizás las obras más características de la época sean los primeros trabajos periodísticos del escritor quiteño, Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747-95) y del mexicano Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), la autobiografía de Fray Servando de Mier (1763-1827), el diario de José Celestino Mutis (1732-1808) y el libro de viajes de Alonso Carrió de la Vándera (c. 1715-d. 1778). La originalidad de estas obras consiste en la observación directa y en el espíritu crítico de sus autores. Mutis, por ejemplo, fue médico y botánico español, cuyo diario registra observaciones hechas en Nueva Granada desde 1760 hasta 1790. Se interesó mucho por las supersticiones y creencias populares, además de la taxonomía de plantas, animales e insectos. La función científica del diario no le impide las descripciones de la vida cotidiana, de las fiestas del virrey y las procesiones religiosas, incluyendo las de «los pardos».

La insistencia de Mutis en los «conocimientos útiles» es sintomática de la época, y se encuentra igualmente en el libro de viajes que escribió un ex-corregidor español en Lima titulado *El lazarrillo de ciegos caminantes*. Publicado en 1775 ó 1776, este libro llevaba una fecha y un lugar de publicación falsos (Gijón, España, 1773), bajo el pseudónimo Concolorcorvo. Hasta hace poco se atribuyó el libro al mestizo Calixto Bustamente Carlos Inca, que había acompañado a Carrió de la Vándera en un viaje de inspección de las guarniciones entre Buenos Aires y Lima²³. La necesidad de encubrir el autor se debió sin duda a que Carrió de la Vándera era oficial de la corona y la crítica expresada en *El lazarrillo* abarca muchos aspectos de la administración de las colonias españolas. El libro describe la ruta postal entre Buenos Aires y Lima; es un compendio de información sobre los precios, los climas, etc. de las poblaciones, ciudades y

²³ Véase la introducción a la edición francesa por Marcel Bataillon; Concolorcorvo, *Itinéraire de Buenos Aires à Lima*, Paris, Institut des Hautes Études sur l'Amérique Latine, 1962.



Francisco de Miranda.

aldeas conectadas por esta ruta entre el puerto de Buenos Aires y el centro administrativo. El autor se interesa sobre todo por el transporte, por la abundancia de mulas, caballos y demás ganado y muestra pasión por la estadística. Es así como sabemos que una carta urgente tardaba treinta y seis días en ir de Buenos Aires a Lima. Incluye una de las primeras descripciones de los habitantes nómadas de la pampa; los gauchos, que él llama «gaudérios», quienes «se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos, comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero cantando y tocando. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otro o lo toman de la campada enlazándolo con un cabestro muy largo que llaman rosario». Al escribir su libro de viajes, Carrió de la Vandera se opuso concienzudamente a la literatura culta y anacrónica. Escribe en el prólogo:

Si el tiempo y erudición que gastó el gran Peralta en su *Lima fundada y España vindicada*, lo hubiera aplicado a escribir la historia civil y natural de este reino, no dudo que hubiera adquirido más fama, dando lustre y esplendor a toda la monarquía; pero la mayor parte de los hombres se inclinan a saber con antelación los sucesos de los países más distantes, descuidándose enteramente de los que pasan en los suyos.

El conocimiento basado en la observación directa tiene más autenticidad y valor que todas las autoridades. Por esta razón encuentra el autor que «los viajeros... respecto a los historiadores son lo mismo que los lazarillos en comparación de los ciegos»*.

Ni Mutis ni Carrió de la Vandera se oponían explícitamente al imperio español. Representan más bien espíritus iluminados que ya advertían el peligro que surgía de la política aislacionista y el atraso en los conocimientos prácticos. La crítica de Carrió de la Vandera a la administración española tiene el propósito de mejorar su funcionamiento mediante reformas del sistema educativo, el mejoramiento de los caminos y la eliminación de la injusticia y de los abusos.

Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747-95), otro espíritu crítico de este ocaso de la colonia, nació en Quito, hijo de una mulata y de un indio. El padre practicaba la medicina, profesión que adoptó también el hijo. Frustrado por la poca libertad de la colonia, fundó un periódico *Primicias de la Cultura de Quito* (1791). Leía a Rousseau, Voltaire y a los enciclopedistas y, al igual que fray Servando Teresa de Mier, en México, fue tratado con severidad por las autoridades. Estuvo dos veces en la

* Véase, en este mismo volumen, R. A. Borello, «Alonso Carrió de la Vandera».

cárcel: una en 1787, al ser acusado de escribir un panfleto indecente, y de nuevo en 1795, cuando fue acusado de conspirar contra la corona española. Murió antes de ser procesado.

Es significativo que muchos de los pensadores audaces provinieran de las provincias más alejadas de la sede del poder de los virreinos, como Caracas y Buenos Aires, pues refleja los cambios internos y la creciente importancia de los mismos. Los precursores de la Independencia, como Francisco de Miranda (1750-1816), se empeñaban en viajar para ilustrarse en las ideas avanzadas de la época. Miranda conoció los Estados Unidos, peleó en la guerra revolucionaria de Francia y recorrió Europa, Turquía, Rusia y Suecia antes de emprender una expedición para liberar Venezuela, en 1810.

Como en los Estados Unidos, el movimiento independentista revela un fuerte impulso económico. El deseo de libertad económica expresado por pensadores como Mariano Moreno (1778-1811), de Buenos Aires, impelido también el primer brote de independencia del padre Hidalgo, en México, en 1810.

No toda la crítica a las instituciones se expresaba en forma periodística o de ensayo: *El Periquillo sarniento* (1816) del mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), considerada como la primera novela americana, cumple la misma función. El autor había sido encarcelado en Taxco, en 1810, bajo sospecha de haber ayudado a los rebeldes encabezados por el padre Hidalgo. Fundador del periódico *El Pensador Mexicano* (1812-14), posiblemente escribió *El Periquillo* por burlarse de la censura. Aun así, no le permitieron publicar la cuarta parte de la novela en 1816 porque en un capítulo habla, por boca de un negro, de la igualdad de las razas y de la abolición de la esclavitud. Escrita en primera persona, según las convenciones de la novela picaresca, la novela se dirige conscientemente a un nuevo público de compradores sumamente heterogéneo: por lo tanto, ya en el prefacio el autor señala el final de la edad del patrocinio aristocrático que había regido la producción

literaria de escritores previos, como sor Juana Inés de la Cruz. El protagonista interrumpe a cada rato la narración con largas digresiones en tono ensayístico, en las que demuestra la influencia de los pensadores del siglo de las luces, discutiendo la reforma de la educación, de las leyes, y otros asuntos. *El Periquillo* como personaje no se desarrolla, puesto que es nada más un pretexto para narrar sus aventuras ejemplares, en las que se convierte sucesivamente en estudiante, jugador, religioso, ladrón, aprendiz de farmacia, médico, escribiente en un pueblo de provincia, soldado en las Islas Filipinas y bandido. Los distintos episodios permiten que el autor describa hospitales, prisiones, aldeas, monasterios y la vida cotidiana de distintas clases sociales y razas. El libro forma un puente entre dos épocas: la de la colonia, que, como la madre indulgente de Periquillo, no procura preparar a los hijos para el trabajo útil sino que los cria orgullosos e inútiles, y los nuevos valores burgueses, no aristocráticos, como el ahorro, la dedicación al trabajo, la sobriedad, la industria y la educación práctica.

Los españoles produjeron en América una sociedad polarizada entre los extremos de lujo y de pobreza; entre la ciudad —espejo de una cultura occidental algo anacrónica, todavía dominada por la Iglesia— y el campo, con sus gauchos en el cono sur, los indígenas andinos y mexicanos, los negros trabajadores en las minas y plantaciones, los campesinos y peones. Es entre los últimos donde se encuentra una cultura original: los cultos de santería, la lírica quechua, la música y el baile del Caribe, los payadores de la Pampa, los cantantes de décimas y romances. Esta cultura, ignorada y despreciada por la mayoría de los intelectuales posindependentistas, fue capaz de configurar una cultura de resistencia, mientras la intelectualidad, obsesionada por el anacronismo de su pensamiento, se liberaba de España para dejarse dominar por el «libro importado» en otras palabras, por un nuevo discurso de poder.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT